

Por los abismos de la infancia

Forma de citar este artículo en APA:

Ríos Madrid, M. (2016). Por los abismos de la infancia. *Revista Poiésis*, 91-100.

Myriam Ríos Madrid*

Resumen

Constantemente los medios de comunicación nos informan sobre el maltrato al que son sometidos los niños en todo el mundo, maltrato que se expresa en variadísimas y crueles formas y contra el cual parecen impotentes las leyes que pretenden acabarlo. Un breve recorrido por la historia nos muestra que esta crueldad puesta sobre los infantes ha existido siempre, que forma parte de una agresividad estructural humana que encuentra en los niños un blanco fácil para su descarga.

Palabras clave:

Historia de la infancia, Maltrato, Agresividad, Pulsión de destrucción.

* Docente del Programa de Psicología-Funlam. Psicóloga U. de A.

Recientemente, dos noticias relacionadas con la infancia llamaron mi atención. La primera, la de una mujer que en una ceremonia de boda tira al piso al bebé que tenía en brazos, en su desespero por atrapar el ramo lanzado por la novia. La segunda, la de una pareja que encierra a su bebé en la caja fuerte de la habitación de un hotel, para salir con tranquilidad a la calle. Estos son sólo dos ejemplos de noticias cotidianas sobre el trato que reciben en todo el mundo los niños, con la particularidad de que en medio de la crueldad exhibida, no dejan de resultar un poco cómicas, incluso, indudablemente, mueven a la risa, cosa que explicaría en gran medida la cantidad de visitas que tiene en YouTube el video de la mujer que arroja el bebé al piso para lanzarse a recoger el amuleto, que según la tradición, le dará un marido, muy seguramente, un padre para la pequeña que estoi-camente sobrevivió a la caída.

Como señalamos, estas son sólo dos mediáticas muestras en este maremágnum de hechos cotidianos en los que la violencia, la crueldad y la muerte se ensañan con los niños; pues es una realidad que en este civilizado siglo XXI constantemente vemos a madres que ponen las manos de los pequeños sobre estufas encendidas; padres que violan a bebés recién nacidos o que los matan porque lloran mucho; mujeres que dejan encerrados a sus hijos bajo candados, en condiciones que terminan en incendios; niños que se ahogan en ríos, piscinas y pozos casi a la vista de los adultos; bebés que caen de pisos altos por descuido de niñeras; otros, supuestamente protegidos por el estado, mueren en hogares sustitutos por accidentes caseros prevenibles o por consumo de alimentos contaminados, cuando no, como producto de violaciones o del maltrato por parte de los compañeros sentimentales o familiares de las madres sustitutas. Igualmente, las noticias registran casos de niños arrojados al sanitario apenas nacen, o que mueren encerrados en los carros de sus padres, porque a éstos se les olvida bajarlos cuando llegan a casa.

En fin, el panorama cotidiano resulta bastante variado en cuanto a la fenomenología, pero es uniforme en cuanto al asunto estructural: la agresividad, la crueldad ejercida sobre los niños. Crueldad que no parece contenerse con nada, ni con leyes, programas de educación, conferencias y elaboradas charlas a padres de familia, en las que psicólogos de todas las corrientes les hablan de la necesidad del respeto y buen trato hacia los niños; este fracaso muestra, a todas luces, que esta agresividad es estructural en el ser humano, y que en su manifestación no respeta nada, al contrario, pareciera ser que el niño es considerado el blanco perfecto para su descarga.

Si bien muchos se asustan o escandalizan hoy en día con todos estos actos dirigidos contra los niños, señalando a la época actual como la más mala y corrompida, vale la pena mirar la historia, esa que aunque manipulada y maquillada en algunas ocasiones, en otras no miente, dice mucho, peor aún, parece repetirse y mostrar quizás con más insistencia, ese lado oscuro del hombre; parece recrearse en su repetición cuando se trata de hechos aberrantes, grotescos, bizarros.

Ocupémonos un poco de esta historia, ilustrando a partir de ella lo que ha sido este lado sórdido del ser humano: su agresividad, puesta en los infantes; también, de manera rápida demos una mirada a lo que ha sido la infancia, ya que contrario a lo que piensan muchos, ésta no puede considerarse precisamente un paraíso, pues, en todas las épocas de la humanidad, incluida la actual, ha estado signada por el dolor, el abandono, la muerte.

Para iniciar, diríamos que el instinto materno, atribuido como fijo en las mujeres, se ha puesto en duda desde hace bastante tiempo, como prueba de ello vale la pena citar el abandono infantil, abandono que en otros momentos fue institucionalizado, avalado socialmente, igual que en el nuestro, aunque actualmente tenga otras connotaciones y atenuantes, por ejemplo, el trabajo materno. En primer término, consideremos la actitud femenina de no dar pecho a los recién nacidos, acto que en siglos pasados fue generalizado, lo cual, tenía consecuencias fatales para las criaturas

El primer signo de rechazo del niño reside en la negativa maternal a darle el pecho. Especialmente en una época en que el hecho de dárselo representaba una posibilidad de supervivencia mucho mayor para el bebé... Esta negativa podía deberse a motivos diferentes, pero tenía como resultado la misma necesidad: recurrir a una nodriza mercenaria; según los recursos económicos se enfrentaba una nueva opción: la nodriza venía a la casa o se le hacía llegar el niño. (Badinter, 1991, p. 48).

Al respecto, vale la pena señalar que esta costumbre no fue exclusiva de las familias adineradas, las mujeres pobres tampoco querían alimentar y ocuparse de los recién nacidos; en general, apenas se daba el alumbramiento, las mujeres mostraban prisa por salir de la criatura ya fuera enviándola al campo o entregándosela a una mujer que en la propia casa se ocupara de ella (p. 53). Dadas estas condiciones, fue tanta la demanda de nodrizas, que llegó a darse escasez de ellas, e incluso, en el siglo XVIII, se constituyeron lo que llamaríamos hoy, guardando las diferencias, unas "agencias temporales flotantes" para contratarlas:

El tercer método, el más común, consiste en recurrir a recaderas, intermediarias que se instalaban en los mercados o en las grandes plazas. Dirigen especies de agencias de colocación, que no han de reglamentarse hasta 1715. Antes de esta fecha y fuera de París su actividad es muy anárquica. "Sin nombre ni domicilio asisten al bautismo, reciben la comisión, se llevan al niño, lo ofrecen a precio rebajado o lo entregan al primero que llega... no dan el nombre del niño a la nodriza... no dan a la familia el nombre de una nodriza que todavía no encuentran y que simplemente esperan encontrar después. (p. 96).

Los padres entregaban el niño a estas intermediarias y se quedaban tranquilos, no se preocupaban por averiguar en qué manos, finalmente, pararía la criatura. El panorama muestra así a los niños, reducidos a una condición de vulnerabilidad llevada al máximo, cargan sobre su espalda, de manera temprana, demasiado temprana, el precio de haber sido paridos en esta tierra, verdadero valle de lágrimas, ignominia y miseria. Aquí, como en otras actividades, el ser humano mostró su ambición, su avaricia, su deseo de lucro personal por encima de cualquier consideración por el otro, en este caso el niño y su salud. Se trataba de un verdadero negocio que giraba alrededor del vehemente deseo de los padres de deshacerse por un tiempo de los niños y de la ambición de quienes buscaban lucrarse de este apremio, sin importarles el bienestar de los más pequeños. Veamos lo que pasaba con algunos de ellos:

Los más pobres empiezan por padecer la cruel prueba del viaje que tiene que llevarlos al campo. Según el médico Buchan, los apilan en carretas apenas cubiertas, donde son tantos que las desdichadas nodrizas se ven obligadas a seguirlos a pie. Expuestos al frío, al calor, al viento y a la lluvia, se alimentan con una leche caldeada por el cansancio y la

abstinencia de la nodriza. Los niños más frágiles no resistían este tratamiento y muchas veces los encargados los traían de vuelta muertos a los padres pocos días después de la partida. (p. 99).

Esta escena, un tanto darwiniana, nos muestra que la supervivencia pendía de un hilo demasiado delgado, que era casi imposible sobrevivir en tales condiciones. Los que sobreviven, indudablemente, los más aptos, que son bien pocos, tendrán que enfrentarse años después, a su regreso, con la indiferencia de sus padres y hermanos, y, con el propio dolor de haber sobrevivido, porque igual, las circunstancias posteriores no serán las mejores.

Es cierto que el niño que vuelve al hogar paterno, cuando lo hace, muchas veces está tullido, malformado, raquítico, enclenque y hasta muy enfermo. Los padres se quejan amargamente de esto, tal vez más que si el niño hubiera muerto. Porque un niño en malas condiciones de salud representa muchos gastos en el futuro y pocos beneficios a corto plazo. (p. 101).

Por supuesto que en esta época no se conocían las demandas ni las indemnizaciones, porque de lo contrario, los casos de demandantes se habrían dado por miles. Muy diferente es lo que vemos hoy, pues cuando se registra un suceso con un niño, los abogados están prontos a la puerta de la casa afectada, para ofrecer sus servicios de reclamantes, y los padres, en medio de su dolor, afilan el oído y rápidamente hacen ante los medios, sin ninguna vergüenza, su jugosa exigencia económica. No se nos puede olvidar que legalmente y ante las compañías aseguradoras, hoy, la vida de un niño vale mucho más que la de un adulto.

Resulta interesante preguntarse el por qué de esta práctica tan generalizada, que separaba rápidamente al bebé de su madre, en una época en la que la producción y el trabajo no eran tan complejos y en la que las mujeres no eran supuestamente tan liberadas como lo son hoy. Veamos lo que dice Badinter:

El niño de meses es objetivamente un engorro para sus padres y es comprensible que fuera encargado a una nodriza mercenaria hasta que concluyera su crianza. Pero las madres no se conforman con eso, rechazan en bloque a los niños cualquiera sea su edad. El niño no obstaculiza solamente la vida conyugal de su madre, sino también sus placeres y su vida mundana. Ocuparse de un niño no es ni divertido ni elegante. (p. 77).

Según registra la historia, las mujeres de clase alta vivían pendientes de su apariencia, llevaban una vida bastante agitada en la calle: bailes, comedia, ópera, visitas; eran actividades cotidianas que se extendían hasta el amanecer; luego, necesitaban dormir hasta el mediodía. Para las mujeres más pobres, el niño también era un estorbo ya que interfería con las labores del hogar y con el trabajo que muchas hacían con su marido. Igualmente, muchas mujeres pobres imitaban a las burguesas, despreciando el cuidado del niño, buscando a su vez una nodriza, mujer más pobre que ellas, en manos de la cual, el niño con mucha seguridad moría. (p. 77).

Conviene señalar que los argumentos que se esgrimían para no amamantar iban desde considerar que era malo para la salud de la madre, pasando por señalar que era poco decoroso, vulgar, propio de clases bajas; igualmente, se aducía que el llanto de los recién nacidos afectaba a la madre, bastante sensible en el momento posterior al alumbramiento; también, que a los hombres les repugnaban las mujeres que olían a leche y que el acto de amamantar era sucio, animal, propio de vacas y otras hembras animales. (pp. 74, 75 y 76).

Pasando a otro aspecto, hoy, como en la antigüedad y siglos posteriores, el niño fue visto por el adulto como objeto sexual, como un objeto de goce al que se tiene acceso fácilmente; es poseedor de un cuerpo que el adulto etiqueta como enteramente deseable y disponible para su satisfacción personal: “En la antigüedad, el niño vivía sus primeros años en un ambiente de manipulación sexual. En Grecia y Roma no era infrecuente que los jóvenes fueran utilizados como objeto sexual por hombres mayores” (de Mause, 1994, p. 77).

Tanto en el espacio de la casa paterna como en el de la calle, el niño estuvo involucrado en relaciones sexuales de diferente tipo, similar a lo que vemos en la actualidad. Al parecer, contrario a lo que piensan algunos hoy, señalando que el gusto de los griegos por los niños y jóvenes era algo que se quedaba en el terreno de lo ideal, que realmente no había un contacto físico entre adultos y niños, la historia muestra que este contacto carnal sí se daba, que era tan evidente y cotidiano que llegó a preocupar al propio Aristóteles: La principal objeción de Aristóteles a la idea de Platón de que los hijos se mantuvieran en común era que cuando los hombres tuvieran relaciones sexuales con muchachos no sabrían si eran sus propios hijos, cosa que para Aristóteles era el colmo de la indecencia (p. 77).

La situación no era diferente en la legendaria Roma, quien había tomado tantas cosas de Grecia y quien a su vez, iba a legar a occidente toda una tradición familiar y social cuyo eco llega hasta nuestros días. El niño en Roma estaba igualmente expuesto a la manipulación sexual por parte de los adultos:

Los datos que ofrecen la literatura y el arte confirman este hecho de la utilización sexual de los niños más pequeños. Petronio gusta de describir a los adultos “palpando el pequeño instrumento inmaduro” de los muchachos, y su relato sobre la violación de una niña de siete años con una larga fila de mujeres batiendo palmas alrededor del lecho, hace pensar que las mujeres no dejaban de desempeñar un papel en tales actos (p. 79).

En épocas posteriores a la griega y romana, sabiendo de los reiterados abusos, los padres seguían permitiendo que los niños durmieran con los criados (p. 85). Contando con tantas evidencias recogidas en diferentes períodos, el historiador termina por concluir y señala de manera categórica cómo los padres se hacían los de la vista gorda ante la manipulación sexual de los hijos:

Conviene recordar que no es posible que se cometan abusos sexuales con los niños en forma generalizada sin la complicidad, por lo menos inconsciente, de los padres. En otras épocas los padres ejercían el control más absoluto sobre sus hijos y eran ellos quienes tenían que acceder a entregarlos a quienes los ultrajaban. (p. 79).

Guardando la distancia, es algo similar a lo que sucede hoy, en casos en los que los padres consienten la relación de los niños con personas mayores, sobre todo si son cantantes, actores, deportistas, empresarios, políticos, caza talentos, mafiosos o delincuente con dinero; casos que algunas veces, sobre todo en los terrenos de la farándula, terminan en los tribunales, a la caza de grandes sumas de dinero. El comercio, el trueque, la venta de los niños fue algo común en la antigüedad, para dar sólo un ejemplo, basta escuchar a Musonio Rufo, quien vivió en la época de Nerón: “conocí a un padre tan depravado que teniendo un hijo notable por su belleza juvenil, lo vendió condenándole a una vida de ignominia” (p. 77).

Es un hecho que muchos padres en la actualidad, suelen mostrarse indiferentes, permisivos, cuando no alcahuetas frente a estas relaciones. Valdría la pena interrogar qué tanto de goce encierra ese hacerse el de la vista gorda, ese consentir lo que a todas luces muestra un deseo sexual de los adultos frente a los niños; sin dejar de responsabilizar también a los niños de su sexualidad, pues es claro que el niño posee una sexualidad, asunto que Freud se encargó de describir muy bien cuando señaló una sexualidad plenamente constituida en el niño, desmitificando así a la infancia como un período de pureza y ausencia de deseo sexual, mostrando, al contrario, al infante como poseedor de una sexualidad perversa que se despliega desde muy temprano.

Todos estos acontecimientos que la historia cuenta sobre la infancia, dejan ver de manera clara que al niño no se le daba una importancia real, no se le atribuía una subjetividad, no se le consideraba un ser pleno de derechos, merecedor de respeto y atención: “Los padres suelen considerar al bebé como un juguete divertido a quien quieren por su propio placer y no por su bien. Es una especie de criatura sin personalidad, un juguete en manos de los adultos. Cuando deja de divertirse, deja también de interesar”. (Badinter, 1991, p. 60).

Es evidente que el niño era considerado como un objeto, que en el más amplio sentido de la palabra, podía incluso utilizarse como un juguete sexual que se usa al antojo y se deja después de cierto tiempo:

La familiaridad sexual de los adultos, incluso la de los padres, respecto del niño, muestra que consideran que eso no tiene consecuencias. El niño pequeño no es un ser enteramente humano. Hay quienes piensan que esos juegos, prohibidos a partir de los 7 años, indican por parte de los adultos una concepción de la inocencia infantil. Más allá de lo que digan teólogos y pedagogos, parecería más bien que esas actitudes revelan la insignificancia del niño: es un juguete sin alma antes que un alma cargada de pecado o que un alma absolutamente inocente. Si los adultos hubieran creído en esa inocencia, sin duda hubieran tenido miedo de empañarla despertando en el niño malos deseos. (p. 60)

Como puede verse, hasta antes de los siete años, los padres y adultos se excedían en cuanto a la manipulación del cuerpo del niño tomándolo como objeto sexual y reduciéndolo a la categoría de juguete, una condición que cuando el niño es demasiado pequeño, lo coloca a merced del adulto, de su capricho, de su deseo, de sus fantasías. Lo que no excluye que después de los siete años no se siguiera utilizando al niño como objeto de goce sexual; por un lado, el adulto siempre podía

imponerse sobre el niño, obteniendo de él el placer buscado, y muy probablemente, el niño también podía, desde su deseo, seguir sosteniendo estas relaciones con el adulto, viviéndolas con placer, callando, ocultándolas.

Veamos ahora otra manera de hacerle daño al niño recién nacido, se trata de la costumbre del fajado. Es un hecho que los niños siempre han generado incomodidad, malestar en los adultos ya sea por su llanto, su inquietud, sus movimientos constantes, aspectos a los que el fajado parece apuntar:

La envoltura del niño en fajas y pañales era tan complicada que se tardaba hasta dos horas en vestirle. La comodidad que suponía para los adultos era enorme, pues raras veces tenían que prestar atención a las criaturas una vez atadas. Como ha demostrado un estudio médico reciente sobre la empañadura, los niños enfajados son sumamente pasivos, el corazón les late más despacio, lloran menos, duermen mucho más y, en general, son tan introvertidos e inactivos que los médicos que hicieron el estudio se preguntaron si no debía ensayarse de nuevo el fajamiento. (de Mause, 1994, p. 68)

El fajado era así una buena medida para mantener a los niños quietos, para que no molestaran mucho a los adultos ocupados en sus cosas. Hoy, parece imposible revivir el fajado, pero, en su defecto, la tecnología ha dado un objeto con una propiedad tranquilizadora mil veces más potente que el fajado o que la Ritalina, se trata del celular, de cuyas propiedades tranquilizadoras los padres están bastante ilustrados y por eso es tan frecuente su uso en niños cada vez más pequeños, incluso de cuna. Se les da un celular y se quedan calladitos, quietos, con la mirada perdida en la pantalla; así pueden pasar horas, días, no lloran, no piden comida, no piden que los cambien, no necesitan nada del mundo exterior, parece ser la vuelta al vientre materno, la completud absoluta, el estado paradisiaco por excelencia; con la ventaja que quienes lo prueban a tan temprana edad, quedan enganchados de por vida, ya nunca más lo dejan.

Ahora bien, colateral al hecho de tenerlos quietos por muchas horas, el fajado permitía que el niño fuera usado como juguete, como fuente de diversión de los adultos:

Algunas veces se practicaba el lanzamiento del niño fajado. Un hermano de Enrique IV murió cuando lo dejaron caer cuando jugaban con él pasándolo de una ventana a otra. Lo mismo le ocurrió al pequeño conde de Marle: “uno de los gentilhombres de cámara y la nodriza que cuidaba de él. Se divertían echándolo de acá para allá por encima del alfeizar de una ventana abierta...a veces fingían que no le cogían...el pequeño conde de Marle cayó y se dio contra un escalón de piedra (p. 57)

El juego era sencillo y divertido, fue bastante practicado por criados y otros adultos del hogar o vecinos, que entre risas y gritos de júbilo lanzaban a los niños por el aire, esperando atinar en la recogida. Por supuesto que se daban muchos accidentes:

Los médicos se quejaban de que los padres rompían los huesos a sus hijos pequeños con la “costumbre” de lanzarlos como pelotas. Las nodrizas decían a menudo que los corsés en que iban embutidos los niños eran necesarios porque sin ellos no se les podía

lanzar de un lado a otro. Y yo recuerdo haber oído decir a un cirujano eminente que le habían llevado a un niño con varias costillas aplastadas por la mano de la persona que lo había estado lanzando al aire sin fajas. (p. 58).

Como se ilustra, el jueguito tenía sus consecuencias, en ocasiones fatales o bastante desastrosas para la salud del pequeño. De igual manera podríamos hablar aquí de los efectos colaterales del tranquilizador actual, el celular, entre los que están: atrofia de la memoria, poca atención, déficit en lectura y escritura, poca capacidad de análisis, de raciocinio, dificultad en el establecimiento de relaciones personales y sociales; primacía de una sexualidad voyerista, exhibicionista y onanista, fuera de problemas musculares a nivel de la nuca, las manos, los ojos; problemas de columna, sedentarismo, obesidad, y muchos otros males físicos y psíquicos, precio pagado, demasiado alto, por tener quietos a los niños, y por extensión, a la humanidad entera.

Hemos visto un poco de historia y esta nos muestra que el panorama de la infancia no ha sido muy bueno, cosa igual que si nos volviéramos a ella buscando un conocimiento sobre cualquier aspecto humano, la guerra, las relaciones entre los hombres, el amor, el trato a las mujeres, en fin, sobre cualquier aspecto humano la historia puede ilustrarnos muy bien a partir de sus registros, mostrándonos que en todas las épocas la agresividad humana ha estado presente, ha sido una constante a lo largo de la vida civilizada. Al respecto, veamos lo que dice Freud:

El ser humano no es un ser manso, amable, a lo sumo capaz de defenderse si lo atacan, sino que es lícito atribuir a su dotación pulsional una buena cuota de agresividad. En consecuencia el prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo. "Homo Homini Lupus. (Freud, 1979, p. 108).

Esta pulsión agresiva de que habla Freud hace parte de la estructura del ser humano y está presente en todas las relaciones que establece con sus semejantes, la naturaleza y consigo mismo; el hombre no es una criatura buena que mira a sus semejantes con amor, compasión, altruismo y ausencia de envidia; al contrario, encuentra una gran satisfacción inconsciente en la violencia, la destrucción del otro y de la naturaleza; se regocija, se complace, disfruta en el ejercicio de la agresividad, la pone por encima de la razón, las normas, las leyes, los principios éticos. En este sentido, continua Freud (1979):

Esa agresión cruel aguarda por lo general una provocación, o sirve a un propósito diverso cuya meta también habría podido alcanzarse con métodos más benignos. Bajo circunstancias propicias, cuando están ausentes las fuerzas anímicas contrarias que suelen inhibirla, se exterioriza también espontáneamente, desenmascara a los seres humanos como bestias salvajes que ni siquiera respetan a los miembros de su propia especie (p. 108).

Las palabras de Freud son contundentes, los seres humanos en la expresión de la agresividad no respetan ni a sus congéneres, pero, más allá de esto, y según nos muestra la historia en ese pasado lleno de violencia familiar, lo vemos también en el presente cargado de violencia familiar, y lo mostrará el futuro, también con su violencia familiar, el hombre no respeta a los miembros de su

propia familia, de su hogar, no respeta la llamada “sangre de su sangre”, agrediendo, por ejemplo, a los miembros más vulnerables, los niños. El hombre parece recrearse en la agresividad, en una maldad desbordada, un odio feroz y un deseo de destrucción y muerte dirigido hacia los miembros de su propia familia. La familia humana es así, aunque aterre reconocerlo, el escenario básico, nuclear en el que se exhibe la agresividad en todas sus manifestaciones: abandono, violencia, abuso sexual, maltrato.

Algunos dirán que hoy las leyes protegen a los niños, que su situación no es tan desastrosa, que muchas mujeres los amamantan, que hoy viven en condiciones mejores que los de otros siglos. Hoy, señalaría yo, puede verse una gran ambivalencia frente a los niños por parte de padres y de la sociedad en general; por un lado, una sobreestimación de ellos, demasiados derechos y garantías, por el otro, descuido, maltrato, abandono. Si antes el niño no era valorado como sujeto, hoy, se ha llegado al punto contrario, la sobrevaloración, la sobreestimación, lo que no quiere decir que para el niño esto sea lo mejor. Bien podría pensarse que esta sobrevaloración también lleva a lo peor, a producir seres inútiles, desadaptados sociales que creen que se lo merecen todo, seres por encima de la norma social, seres que fracasan en todos los aspectos, seres sin principio de realidad.

Es un hecho que muchos padres se ocupan y preocupan hoy demasiado por sus hijos, habría que analizar a fondo también esto, pues la infancia actual no parece ser muy feliz, máxime cuando ya se habla de estrés y de fatiga crónica en la infancia debido a todas las actividades a que son sometidos los niños desde temprana edad. Las horas del día no alcanzan para tantas cosas, los niños deben correr de un lado para otro cumpliendo con infinidad de compromisos sociales; igualmente, ya se dan en la infancia enfermedades que se consideraban propias de la edad adulta, como gastritis, hipertensión, estrés, entre otras, fuera de la terrible depresión, etiqueta generalizada de la que ya no se escapan ni los niños más pequeños.

Igualmente, bajo la mirada complaciente de los padres, los niños son empujados a ser adultos desde temprana edad, viven preocupados por su apariencia física, inmersos en una feroz competencia, motivada en gran parte por las redes sociales; las niñas rápidamente se creen y posan de mujeres, y por la vía de los desfiles y reinados de belleza sellan esta aspiración. En general, los niños son considerados unos grandes consumidores de objetos y de moda, hecho que el capitalismo ha interpretado muy bien poniendo gustoso en sus manos las más variadas y especializadas mercancías pensadas exclusivamente para ellos. En este sentido, vale la pena señalar que estos niños actuales parecen estar desesperados por salir de la infancia y que los adultos los patrocinan en esto, como si no quisieran tener niños en la casa, como si la infancia les estorbara, obligándolos a posar, a sumir roles adultos desde pequeños.

Considerando todos estos aspectos, estos niños de ahora, la clínica lo muestra, son niños con problemas, poco felices, que viven una infancia apresurada, a saltos; niños cuyos padres dicen, de manera consciente, que los aman demasiado, pero que parecen empujarlos a lo peor; pareciera que inconscientemente desearán lo peor para ellos, que quisieran arrojarlos por el abismo lo más rápido posible.

Con todo, si algo se sigue considerando como sagrado, es la familia humana, esa que se repite hasta la saciedad que es la célula básica de la sociedad; lástima que no se reconozca que esa célula, en la mayoría de los casos, es portadora de cáncer, es una célula enferma, como todo lo humano, enfermedad generalizada que muestra que el hombre no es cualquier criatura, cualquier animal, sino un ser particular, inmerso en un universo simbólico, un ser sin instintos, pero que carga el peso de lo pulsional; un ser que se empeña en tapar el sol con un dedo. Veamos lo que dice Freud (1979):

Probablemente se tropezara con menor resistencia si se quisiera atribuir a los animales una pulsión con esa meta. Pero parece impío incluirla en la constitución humana; contradice demasiadas premisas religiosas y convenciones sociales. No; el hombre tiene que ser por naturaleza bueno, o al menos manso. Si en ocasiones se muestra brutal, violento, cruel, he ahí unas ofuscaciones pasajeras de su vida afectiva, las más de las veces provocadas, quizá sólo como consecuencia de los inadecuados regímenes sociales que él se ha dado hasta el presente. Por desdicha, lo que la historia nos informa y lo que nosotros mismos hemos vivenciado no nos hable en este sentido, sino más bien, justifica el juicio de que la creencia en la “bondad” de la naturaleza humana es una de esas miserables ilusiones que, según los hombres esperan, embellecerán y aliviarán su vida, cuando en realidad sólo les hacen daño. (p. 96).

Una vez más vemos que los seres humanos huimos de la verdad, tapamos, embellecemos la realidad; no nos gusta reconocer lo que nos constituye, lo pulsional, y preferimos adornar las relaciones humanas con frases y versos muy bonitos; a lo sumo, reconocemos algo, pero siempre ponemos la causa afuera, nunca en nosotros mismos. Paradójicamente, la misma realidad desvirtúa la mentira a cada instante mostrando con hechos ese lado humano feroz, ominoso; mostrando que el ser humano, no pierde oportunidad de atacar, que como los lobos de los cuentos que se narraban a los niños en otras épocas, muestra los dientes, constantemente ataca, no sólo a sus semejantes, también a los niños, y a todo lo que encuentra a su paso, a todo lo que existe, incluida su morada, la madre tierra, que agoniza bajo su ferocidad y explotación inmisericorde.

Referencias

- Badinter, E. (1991). ¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX. Barcelona: Paidós.
- De Mause, L. (1994). Historia de la infancia. Madrid: Alianza Editorial.
- Freud, S. (1979). El malestar en la cultura. Obras completas, Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. Obras completas, Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu.